

Entre los despojos del peronismo. Esplendor y ocaso del Instituto de Filología de la Universidad de Buenos Aires (1927-1946)

MIRANDA LIDA
Universidad Católica Argentina
Universidad Torcuato Di Tella -CONICET
mlida@fibertel.com.ar

RESUMEN

Entre 1927 y 1946, el Instituto de Filología de la Universidad de Buenos Aires atravesó su época de esplendor, bajo la dirección del español Amado Alonso. En menos de veinte años, Alonso le confirió a su instituto no sólo una fuerte presencia en la cultura argentina, sino además un importante prestigio internacional. El Instituto se había hecho de un lugar reconocido en la cultura argentina; había sabido captar la atención de un nutrido grupo de discípulos; había comenzado a publicar sus propias colecciones de libros; se había puesto en contacto con la vasta gama que ofrecía la industria cultural argentina del período. Este fuerte arraigo en la Argentina le permitió alcanzar un alto puesto en la cultura hispanoamericana de su tiempo. Pero con la llegada del peronismo al poder el Instituto se vio sometido a fuertes presiones que llevaron a su virtual desmantelamiento.

PALABRAS CLAVE

Instituto de Filología - Amado Alonso - Universidad de Buenos Aires
- Peronismo

ABSTRACT

From 1927 through 1946, the Institute of Philology of Buenos Aires University has experienced its golden ages, with Amado Alonso as his director. In less than twenty years, Alonso made possible that the Institute obtained international and domestic prestige. The Institute gained recognition in Argentine

culture; attired numerous disciples; published its own book collections and got in touch with the most important publishers and collaborated several times with them. Nevertheless, peronism made a lot of pressure on the Institute and as a result it became virtually dismantled.

KEY WORDS

Institute of Philology - Amado Alonso - Buenos Aires - University - Peronism

I. Entre 1927 y 1946, el Instituto de Filología de la Universidad de Buenos Aires atravesó su época de esplendor, bajo la dirección del español Amado Alonso¹. Había sido fundado con el respaldo del Centro de Estudios Históricos de Madrid, dirigido por Ramón Menéndez Pidal. En menos de veinte años, Alonso le confirió a su instituto no sólo una fuerte presencia en la cultura argentina, sino además un importante prestigio internacional. El Instituto se había hecho de un lugar reconocido en la opinión, en la sociedad y en la cultura argentinas; había sabido captar la atención de un nutrido grupo de discípulos argentinos; había ya comenzado a publicar intensamente sus propias colecciones de libros; se había puesto en contacto con revistas culturales y toda la vasta gama que ofrecía la industria cultural argentina del período de entreguerras. Su director, además, participaba intensamente de la rica vida social y cultural que ofrecía la ciudad de Buenos Aires en esos años. Este fuerte arraigo en la Argentina le dio al Instituto —y no gratuitamente, por cierto— las condiciones que permitieron que alcanzara tan alto puesto en la cultura hispanoamericana de su tiempo.

Pero con la llegada del peronismo al poder el Instituto se vio sometido a fuertes presiones que llevaron a su virtual desmantelamiento. Cuando su director, Amado Alonso, que tenía sólidos contactos con las universidades norteamericanas, pidió una licencia de tan sólo unos meses para dar cursos en la prestigiosa Universidad de Harvard, se encontró con la decisión insólita de *que en su ausencia su Instituto sería intervenido por las autoridades* de facto de la Universidad. En estas condiciones, su alejamiento del país se tornó

¹ Acerca de Alonso y el Instituto de Filología porteño, ANA MARÍA BARRENECHEA, “Amado Alonso y el Instituto de Filología de la Argentina”, *Cauce, Revista de filología y su didáctica*, N° 18-19, 1995-1996, pp. 95-106; JUAN MARÍA LECEA YABAR, “Amado Alonso en Madrid y Buenos Aires”, *Cauce*, N° 22-23, 1999-2000, pp. 403-420 y del mismo autor, “Amado Alonso (1896-1952)”, *Cauce*, N° 18-19, 1995-1996, pp. 17-70.

definitivo, y lo mismo ocurrió con varios discípulos que él había formado a lo largo de aquellas décadas. Entre ellos se destacan los hermanos María Rosa y Raimundo Lida, que terminaron desarrollando la mayor parte de sus carreras académicas en las universidades norteamericanas.

Comenzaremos por describir el contexto en que se estableció en Buenos Aires el Instituto de Filología y su significación; veremos luego qué sesgo le imprimió Alonso en su gestión como director y el modo en que se las ingenió para hacer de este instituto uno de los más importantes centros de investigación en humanidades. Y por último, el modo en que Alonso fue forzado a abandonar la cátedra en el transcurso de 1946. No era lo que el español, que se había naturalizado argentino, habría deseado, pero ya no tuvo más opción.

II. A comienzos de siglo la filología era una disciplina casi desconocida en la Argentina. Cuando en 1900 se publicó en París la obra pionera de Lucien Abeille, *Idioma nacional de los argentinos*, en la que se procuraba demostrar que en la Argentina se hablaba un idioma vernáculo que no coincidía plenamente con el de España y que, por lo tanto, debía ser denominado —lisa y llanamente— “argentino”, su autor no logró eco suficiente como para inaugurar tras de sí una escuela lingüística o filológica en el país. Tanto es así que en los años veinte, cuando se fundó el Instituto de Filología de la Universidad de Buenos Aires a instancias de su rector, Ricardo Rojas, el flamante director del nuevo Instituto, el español Américo Castro, hacía referencia al “felizmente anulado” trabajo de Abeille². Mientras que Abeille había reivindicado el voseo como un rasgo típico de aquel idioma argentino que pretendía estudiar, Castro daba por descontado que ese idioma no podía ser otro que el mismo español que se hablaba en España: el voseo, tan común en las calles porteñas, tan sólo podía ser considerado una desviación poco feliz del “auténtico” español. Américo Castro concebía su misión en la Argentina como una imprescindible obra de purificación que debía ser llevada a cabo en un país en el que su lengua había llegado a degenerar casi sin límites, sin duda por haber sido un área marginal en el antiguo imperio español³. No es pues un dato menor que la filología aterrizara con ímpetu en Buenos Aires de la mano de los intelectuales españoles. Castro seguía los pasos de José Ortega y Gasset, Adolfo Posada y

² INSTITUTO DE FILOLOGÍA, *Discursos pronunciados por el Decano don Ricardo Rojas y por el Profesor don Américo Castro en el acto inaugural realizado el día 6 de junio de 1923*, Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, 1923.

³ Sobre sus ideas lingüísticas, véase AMÉRICO CASTRO, *La peculiaridad lingüística rioplatense y su sentido histórico*, Buenos Aires, Losada, 1941. Un comentario crítico se encuentra en Jorge Luis Borges, “Las alarmas del doctor Américo Castro”, en J. L. BORGES y JOSÉ EDMUNDO CLEMENTE, *El lenguaje de Buenos Aires*, Buenos Aires, Emecé, 1998.

Rafael Altamira, que habían visitado la universidad y la sociedad argentinas durante la década del Centenario.

El nuevo director, que no permanecería sin embargo más de un año en Buenos Aires, fue recibido en 1923 con pompa y circunstancias, tal como por entonces se le solía dar la bienvenida a los visitantes extranjeros: fue uno más de los tantos huéspedes que en los años veinte tuvo la ciudad⁴. Fue objeto de “demostraciones” y homenajes de todo tipo, mientras su discurso inaugural era difundido en la prensa y publicado en un libro conmemorativo. Así comenzó a hablarse en Buenos Aires de algo hasta entonces bastante desconocido: la filología que, gracias a la visita del español, llegó a alcanzar las páginas de los grandes matutinos porteños. Era una novedad y como tal era capaz de atraer la atención. Y lograría captar todavía mucho más interés en torno de sí en la medida en que despertara algún tipo de polémica a su alrededor que causara revuelo en la opinión.

El diario *La Prensa* disparó la primera piedra: publicó una serie de artículos polémicos firmados por Arturo Costa Alvarez, profesor de la Universidad de La Plata. Con la intención de desacreditar la labor de Castro, lo acusó de desconocer por completo la lengua “argentina” y de pretender implantar una disciplina, una técnica y toda una bibliografía de carácter puramente español y, por lo tanto, poco apropiada para el ambiente local. El autor profetizaba que Américo Castro fracasaría por completo. La estocada lanzada por Costa Alvarez logró que en las columnas de los grandes diarios se hablara acerca de la filología, una materia que, de otro modo, habría permanecido en las manos de los especialistas, sin trascender al público. La polémica llegó, también, a las páginas de la revista *Martín Fierro*, que intervino en la pulseada, pero en este caso a favor de Castro⁵. Lo que se debatía, en pocas palabras, era la pertinencia o no de importar de España una disciplina que implicaba toda una manera de pensar la lengua y la literatura. Se acusó a la filología de ser una disciplina sólo “para españoles”, puesto que relegaba a un segundo plano la literatura y el “idioma” autóctonos. Se volvía, así, a la discusión que ya había planteado Abeille de si era pertinente hablar de una lengua plenamente argentina. Y si lo era, ¿qué sentido tenía “importar” a los especialistas?

La batalla lingüística, que apenas daba sus primeros pasos, no era simplemente una polémica entre eruditos. Sacaba a luz las transformaciones que se estaban produciendo en la sociedad y la cultura porteña de entreguerras. Por

⁴ FRANCIS KORN, *Los huéspedes del 20*, Buenos Aires, Sudamericana, 1974. Muchos de estos personajes dejaron huella en VICTORIA OCAMPO, *Autobiografía IV. Viraje*, Buenos Aires, Sur, 1982.

⁵ CARLOS GRÜNBERG, “Un gramático”, *Martín Fierro*, 15-IV-1924, pp. 5 y ss.

un lado, Buenos Aires podía darse el lujo, a través del diario *La Nación*, de contar entre sus colaboradores asiduos a las más importantes plumas del mundo hispanoamericano, entre las que se destacó Ortega y Gasset. Por el otro, la ciudad era también el escenario en el cual había logrado crecer y desarrollarse un diario como *Crítica*, que en los años veinte vivía un éxito editorial tras otro, imponiendo un estilo propio⁶. Y no sólo en lo periodístico sino además, en un uso del lenguaje, rompiendo con los cánones lingüísticos tradicionales. El diario se vendía, y en grandísimas tiradas: si *La Nación* continuaba siendo el diario más prestigioso, *Crítica* era el más leído⁷. La difusión y expansión de la prensa popular obligaba, pues, a comenzar a pensar en el uso que se hacía del idioma, en especial, en la cultura de masas. Y también en la literatura: en 1926 salía a la luz el *Don Segundo Sombra* de Ricardo Güiraldes, reavivando el interés por la literatura gauchesca y la idea acerca de una lengua que podía ser pensada como netamente “argentina”.

Que Buenos Aires se preocupara, pues, en los años veinte por traer de España a lingüistas capaces de llevar adelante la fundación de un Instituto de Filología no es casual. Pero, ¿cabía esperar de los académicos españoles que se acostumbraran a la informalidad de la lengua coloquial que se hablaba en Buenos Aires, y que incluso se escribía en los diarios de circulación masiva más populares? El solo nombre de España sugería la evocación de la tradición y del casticismo. Al fin y al cabo, la lengua propia de la alta cultura en la sociedad porteña de comienzos del siglo XX era el francés. Para realmente convertir al Instituto de Filología en un polo atractivo era necesario conferirle una orientación que lo apartara del casticismo, con plena vocación por abordar los más amplios problemas literarios y lingüísticos. Este era el verdadero desafío que implicaba la instalación de un Instituto de Filología en Buenos Aires.

Quizá por eso, cuando Américo Castro abandonó Buenos Aires a comienzos de 1924, tras un año de gestión al frente del Instituto, se habló de su “fracaso” —la palabra pertenece al propio Costa Álvarez—. Sucesivamente fueron designados desde España nuevos directores, que no lograron perdurar más de una temporada. Si el Instituto no lograba encontrar eco en la sociedad, atraer a los jóvenes y entrar en diálogo con los cenáculos literarios y culturales más prestigiosos de la ciudad, llevaría una existencia errática, casi moribunda. El academicismo de los filólogos españoles continuaría despertando críticas,

⁶ SYLVIA SAÍTTA, “El periodismo popular en los años 20”, en RICARDO FALCÓN (dir.), *Democracia, conflicto social y renovación de ideas 1920-1930*, Buenos Aires, 2000; *Regueros de tinta. El diario “Crítica” en la década de 1920*, Buenos Aires, 1998.

⁷ ROBERTO MARIANI, “Martín Fierro y yo”, *Martín Fierro*, 25-VII-1924, p. 2 y “Sorpresas de La Nación”, *Martín Fierro*, 12-XII-1926, p. 3.

en la medida en que ellos no lograran insertarse cabalmente en la sociedad y la cultura porteña.

Distintas voces se alzaron para reclamar que el Instituto fuera capaz de captar el pulso de la sociedad local, y conocerla a fondo, incluso su literatura. La más importante fue la de Jorge Luis Borges, a través de su obra *El idioma de los argentinos*, que alcanzó en 1927 el Segundo Premio Municipal. Allí se aborda de lleno este tema y se discuten dos lecturas acerca del idioma hablado en el Río de la Plata, que Borges dará en rechazar:

Una es la de quienes imaginan que esa habla ya está prefigurada en el arrabalero de los sainetes; otra es la de los casticistas o españolados que creen en lo cabal del idioma y en la impiedad o inutilidad de su refacción. [...] El que no se aguaranga para escribir y se hace el peón de estancia o el matrero o el valentón, trata de españolarse o asume un español gaseoso, abstraído, internacional, sin posibilidad de patria ninguna. Las singulares excepciones que restan [...] son de las que nos honran⁸.

Las dos lecturas que Borges criticaba en su ensayo eran en cierto sentido igual de puristas, aunque en direcciones a todas luces divergentes. Nos concentraremos en la segunda, que va dirigida al academicismo de los españoles más casticistas y, en última instancia, al propio Instituto de Filología fundado por Américo Castro, a quien critica abiertamente en varias oportunidades. Borges dirige su certera pluma directamente contra Castro, a quien considera incapaz de adaptarse a su auditorio. Así lo demostró en cada una de las conferencias que dictara en Buenos Aires. Cuando hablaba en público, Castro utilizaba con frecuencia la palabra “egregio”, señala Borges, un término que en Buenos Aires está completamente en desuso. Y concluye, rotundamente: el lingüista español “no sabe impresionarnos”⁹. El lingüista debe ser flexible en el uso de la lengua, conocer los usos y costumbres locales y hacer un esfuerzo por adaptarse a su auditorio. Este es el error que Borges advierte en los lingüistas españoles instalados en el Instituto de Filología: son demasiado académicos y casticistas, y resultan por ello incapaces de acercarse al habla popular del hombre de la calle. No se trata de hacer ensayos sobre la literatura gauchesca o los sainetes, puesto que no sería más que un análisis libresco, como si se tratara de un ensayo de laboratorio. El habla popular sólo se encuentra en la calle.

⁸ JORGE LUIS BORGES, *El idioma de los argentinos*, Buenos Aires, Editores Peña-Del Giudice, 1952, p. 13.

⁹ *Ibidem*, p. 29.

O en la así llamada “contra-filología” que surgió en la Argentina en los años veinte, apuntando sus dardos contra el Instituto de la Universidad de Buenos Aires. Su más neta expresión se encuentra en los escritos de Vicente Rossi. Fue el autor de una serie de folletos de aparición irregular en los que prevalecía la burla dirigida contra el Instituto porteño, y cualquier otra institución académica que intentara domeñar la lengua, en especial, la popular. La descarnada crítica al academicismo de los lingüistas españoles de Buenos Aires fue moneda corriente en los “Folletos lenguaraces” que desde Córdoba primero, y luego desde Buenos Aires, editara Rossi desde mediados de la década de 1920 hasta principios de los años cuarenta. Estos folletos ofrecían un nutrido glosario de la lengua popular y se caracterizaron por la ironía mordaz con respecto a la incapacidad que los filólogos españoles tenían para interpretar el lenguaje “argentino”¹⁰. Y en este mismo sentido, luego de 1931 Rossi habrá de arremeter también contra la flamante Academia Argentina de Letras, que acababa de ser fundada. ¡Nada menos! No admitía ninguna autoridad académica en el dominio de la lengua.

Contra cualquier vicio de casticismo, Rossi se esforzó por mostrar las fuertes vinculaciones que la lengua española conservaba con las más variadas tradiciones culturales, alejadas de lo español, desde ya: desde la cultura afroargentina, hasta los surtidos cocoliches italianos de los inmigrantes, o bien el lenguaje del criollo, del indio o del gaucho. Rossi era, en los propios términos de Borges, que leía con voracidad sus folletos y los elogiaba cada vez que podía, un verdadero “montonero”, rebelde a la autoridad española en materia lingüística, y un completo díscolo con respecto al Instituto de Filología de la Universidad de Buenos Aires. A Borges lo atrae Rossi por curiosidad lingüística; sus glosarios eran ricos en matices y ejemplos muy vívidos. Pero la batalla entre Rossi y Américo Castro es desigual, Borges lo sabe: “se trata de un vistoso duelo (que no es a muerte) entre un matrero criollo-genovés de vocación charrúa y la lenta partida de policianos, adscriptos esta vez a un Instituto de Filología que despacha glosarios y conferencias en la calle Viamonte”¹¹.

No obstante, no deja de señalar los aciertos de este matrero de vocación charrúa. El mérito de Rossi —según Borges— reside en haber captado, como

¹⁰ Algunos de estos folletos estaban directamente dirigidos a replicar las publicaciones del Instituto de Filología de la Universidad de Buenos Aires. Así el caso de los folletos números 2 y 3, que llevan por título “Rectificaciones y ampliaciones a unas notas lexicográficas”. Ambos fueron publicados en 1927.

¹¹ JORGE LUIS BORGES, “Desagravio al lenguaje de Martín Fierro”, *Revista Multicolor de los Sábados* (Diario Crítica), 21 de octubre de 1933. Al respecto, véase IVONNE BORDELOIS y ÁNGELA DI TULLIO, “El idioma de los argentinos: cultura y discriminación”. *Ciberletras. Revista de crítica literaria y de cultura*, N° 6, enero de 2002.

no podría haberlo hecho ningún filólogo academicista, el habla popular en su total naturalidad, más allá del artificio que la literatura, tanto gauchesca como arrabalera, construyó a los fines puramente literarios. Borges cree que Rossi tiene en buena medida razón cada vez que sugiere que “los filólogos españoles o hispanizantes tienen que justificar su empleo oficial: han inventado de muy mala gana un idioma gauchesco que luego retraducen con apuro al español antiguo, y han decretado que su monumento es el Martín Fierro”¹². Su irreverencia contra el academicismo de los lingüistas universitarios, siempre en tono de burla, es desmesurada, y Borges lo sabe. De allí que lo defina a Rossi como un “montonero” que se levanta contra la autoridad enquistada de todos aquellos filólogos librescos que pretenden convertirse en verdaderos inquisidores de la lengua.

En cierta medida es legítimo el gesto de rebelión, cree Borges, pero de lo que se trata es de promover la formación de una nueva orientación en la formación de los filólogos, con el propósito de lograr que estén en contacto con la sociedad y la cultura de su tiempo. Si la iconoclasia de Rossi pudiera servir de algo, será precisamente para alentar la formación de una nueva filología tanto menos libresca, y al mismo tiempo mucho más en contacto con la sociedad en la que se inscribía. El Instituto de Filología de Buenos Aires no podía evitar darse por aludido y mirar para un costado.

En este marco hizo su arribo a la Argentina Amado Alonso en 1927, el nuevo director del Instituto de Filología de la Universidad de Buenos Aires, designado desde Madrid por Ramón Menéndez Pidal. Fue el único capaz de permanecer más de un año académico en la ciudad; de hecho, su permanencia se extendería por casi dos decenios. No es casual.

Amado Alonso llegó en septiembre, cuando todavía era joven y soltero, además de apuesto; había nacido en 1896, de tal modo que tenía poco más de treinta años. Aún no había obtenido su doctorado. Otros de los viajeros del segundo quinquenio de los años veinte que ya eran ilustres —o lo serían luego— fueron Albert Einstein, Ernest Ansermet, Le Corbusier, el conde Keyserling, Waldo Frank, Filippo Marinetti, María de Maeztu, Manuel García Morente y Lucien Levy-Bruhl. También se encontraba en Buenos Aires Pedro Henríquez Ureña, que llegó en 1924 y terminó instalándose en la Argentina por más de dos décadas. Todos estos viajeros notables se encontraron con un creciente número de personas que acudía a verlos cada vez que estas figuras daban una conferencia o participaban en algún evento público. En esos años

¹² Jorge Luis Borges, “Desagravio al lenguaje de Martín Fierro”, cit.

era frecuente —como señaló María Rosa Oliver— “ir conociendo a diario personas distintas”¹³. E interesantes, cabe agregar.

Claro que Amado Alonso era uno de los más jóvenes y quizás el menos célebre de todos los visitantes. No había llegado con un contrato para dar conferencias, conciertos o exhibiciones por una o dos temporadas, sino para hacerse cargo de la dirección de un Instituto que había sido bastardeado por la opinión y en el que hasta ahora ninguno de sus predecesores había logrado sobrevivir más de un año. Sería necesario remar contra la corriente.

Además, la Universidad contaba con muchísimos menos recursos en su haber de los que contaban muchas otras iniciativas culturales que se estaban desarrollando en Buenos Aires gracias al subsidio aportado por un puñado de mecenas que alentaron por demás las artes, las letras y la cultura en los años veinte. En especial, se destaca la gestión llevada adelante por los grandes apellidos porteños que se volcaron a financiar las visitas de los más reputados artistas, escritores e intelectuales del extranjero. En los años veinte, la fortuna privada se dedicó como nunca antes a alentar el fomento cultural en las artes, a través de iniciativas como las de la Sociedad de Amigos del Arte o la Asociación del Profesorado Orquestal, que se dedicaban —respectivamente— a promover artistas plásticos, los grandes directores de orquesta y los músicos que los acompañaban. Y en este mismo sentido se cuenta la Sociedad de Conferencias, establecida en 1925 en estrecha relación con Amigos del Arte, y patrocinada por Elena Sansisena de Elizalde y Victoria Ocampo, que se encargaba de promover las visitas de conferencistas del extranjero.

No había, sin embargo, quien estuviera dispuesto a patrocinar a un académico que venía a investigar y a dar cátedra en un Instituto que hasta ahora no había podido ganarse el visto bueno de la opinión pública. Además, una cosa era invitar a un extranjero a dar un ciclo de conferencias, que duraría unas semanas, y otra distinta era instalarse en el país, para lo cual se hacía necesario alcanzar algún puesto estable. Las cátedras universitarias no eran las más rentables. Tanto es así que el dominicano Pedro Henríquez Ureña —con el que la Argentina no fue, según Borges, todo lo generosa que aquel merecía, en buena medida por el solo hecho de ser dominicano¹⁴—, vivía austeramente de sus cátedras en la Universidad Nacional de La Plata, en el Colegio Nacional de La Plata y en el Instituto Nacional del Profesorado Secundario. Y si el mexicano Alfonso Reyes, arribado en 1927, meses antes que Alonso, podía

¹³ MARÍA ROSA OLIVER, *La vida cotidiana*, Buenos Aires, Sudamericana, 1969, p. 251.

¹⁴ FERNANDO SORRENTINO, *Siete conversaciones con Jorge Luis Borges*, Buenos Aires, El Ateneo, 2001, pp. 112-113.

hacerlo de manera tanto más holgada, era porque poseía un cargo diplomático en la embajada de su país, que acababa de ser inaugurada en la Argentina.

Amado Alonso se vinculó rápidamente con ellos¹⁵. En especial, con Alfonso Reyes, que jugó un papel clave en su inserción en la sociedad local. Celebraba tertulias muy amenas en la sede de la embajada, localizada en una ubicación privilegiada en la calle Arroyo 820, a pocos pasos de Plaza San Martín, que le sirvieron a Alonso como aprendizaje para iniciar su tránsito, por demás exitoso, a lo largo de los múltiples espacios de la sociabilidad porteña, con sus siempre variados públicos. Muchos de los asistentes a las tertulias de Reyes terminarían confluyendo en la revista *Sur*, de Victoria Ocampo, fundada en 1931. Amado Alonso se integró bien pronto a este círculo; su relación con Reyes databa desde antes de su arribo a Buenos Aires y una vez aquí, desde luego, se afianzó¹⁶. Acerca de aquellas tertulias, María Rosa Oliver escribió:

La Embajada de México [...] pronto se convirtió en el lugar donde se reunían escritores y artistas de todo el país, hasta entonces desvinculados entre sí o que mutuamente se ignoraban, y allí los argentinos tenían la oportunidad de cambiar ideas con colegas llegados del resto de América y de Europa en un ambiente distenso y cordial: no por diplomático sino porque su ironía le hacía tomarlos *cum grano salis*, Alfonso Reyes era llano y natural en su trato con los notables de paso: [...] “Pues me es tan fácil platicar con un profesor de la Sorbona como con un general mexicano”¹⁷.

Este estilo en el trato social, que le permitía al académico participar al mismo tiempo de los más variados círculos de sociabilidad, fue el mismo en el que, en líneas generales, aprendió a desenvolverse Amado Alonso desde sus primeros días en Buenos Aires. En una sociedad como la porteña de los años veinte, donde estaban a la orden del día las tertulias, a veces comandadas por damas —Delia de la Torre, Victoria Ocampo—, la llaneza en el trato social y la ductilidad para alternar con los más variados interlocutores le permitieron a Alonso encontrar eco y ganar amigos en ámbitos de lo más variados de la sociedad local. Desde sus primeros días en Buenos Aires se lo encuentra bien

¹⁵ Sobre la figura de Alonso: ANA MARÍA BARRENECHEA, “Amado Alonso y el Instituto de Filología de la Argentina”, *Cauce, Revista de filología y su didáctica*, N° 18-19, 1995-1996, pp. 95-106; JUAN MARÍA LECEA YABAR, “Amado Alonso en Madrid y Buenos Aires”, *Cauce*, N° 22-23, 1999-2000, pp. 403-420 y del mismo autor, “Amado Alonso (1896-1952)”, *Cauce*, N° 18-19, 1995-1996, pp. 17-70.

¹⁶ Así lo refleja la correspondencia entre ambos, transcripta en MARÍA ELENA VENIER (ed.), *Crónicas parciales. Cartas de Alfonso Reyes y Amado Alonso*, El Colegio de México, 2008.

¹⁷ M. ROSA OLIVER, *La vida cotidiana*, cit., pp. 234-235.

vinculado socialmente. Junto a Henríquez Ureña y a Alfonso Reyes, participó en las reuniones de agasajo, recepción y bienvenida que se solían hacer a los visitantes más o menos ilustres —las así llamadas “demostraciones”—, muchas de ellas comandadas por revistas culturales como *Nosotros* o *Martín Fierro*.

Nosotros, a su vez, atendió la recepción a Reyes cuando llegó al país en agosto de 1927. Se organizó una comisión de gente distinguida, que debía atender todos los detalles a fin de que el recién llegado se sintiera a gusto en Buenos Aires. A veces estas comisiones se volvían agobiantes, puesto que no le daban al invitado ni un segundo de respiro. Este *modus operandi*, habitual en los años veinte, aparece retratado con mordaz ironía en la literatura de la época: así, la *Historia funambulesca del profesor Landormy*, de Arturo Canela. Impresionado por la acogida que recibió, Reyes declaró en su discurso de bienvenida: “no he tenido tiempo de estar triste [en Buenos Aires] puesto que me lleváis como arrebatado de unos brazos a otros, en claro calor de compañía”¹⁸. Y Reyes a su vez se encargaría de prepararle la cena de bienvenida a Amado Alonso, a la que asistieron María Rosa Oliver y Victoria Ocampo, entre otras personas. A diferencia de Américo Castro, Alonso llegó a Buenos Aires con el pie derecho.

En este círculo de relaciones construido en torno a las tres figuras hispanoamericanas de Reyes, Henríquez Ureña y Alonso, el idioma español comenzó a ganar prestigio literario e intelectual en los círculos cultos de la sociabilidad porteña. Ya sea a través de la música de Manuel de Falla —como le ocurrió a Victoria Ocampo—, o a través del propio trato social con estas reputadas figuras, la lengua española y todo lo que ella traía consigo —la historia, la literatura— comenzaron a ganar prestigio en unas élites cultas tradicionalmente muy francófilas. María Rosa Oliver señala que, gracias al trato frecuente con ellos, “inicié un mimetismo que después me resultó muy útil: el de suprimir el voseo al hablar con otros latinoamericanos”¹⁹. La cultura hispanoamericana atraía. Desde su llegada a la Argentina, Henríquez Ureña había pregonado la reivindicación del americanismo en lengua española, en cuanta conferencia tuvo ocasión de dar, desde la Sociedad Amigos del Arte y la Sociedad Kantiana de Buenos Aires, hasta la Universidad de La Plata²⁰.

¹⁸ ALFONSO REYES, “Saludo a los amigos de Buenos Aires” (en el banquete ofrecido por la revista *Nosotros*, el 24 de agosto de 1927), *Obras Completas*, volumen 8, México, Fondo de Cultura Económica, 1996, p. 145.

¹⁹ M. ROSA OLIVER, *La vida cotidiana*, cit., p. 236.

²⁰ PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA, “El descontento y la promesa”, conferencia pronunciada en Amigos del Arte, 1926, *Obras Completas*, Santo Domingo, 1976, tomo 6, pp. 11-27.

En este marco, la filología ya no será vista como cosa tan extraña y ajena, como le había ocurrido en 1923 a Américo Castro. Consciente de las polémicas habidas en los años precedentes, Amado Alonso hará un enorme esfuerzo por diferenciarse de Castro, a quien describe como un hombre que se caracterizaba por “su fuerte personalidad, su fe en España, su visión de los problemas, su afán de influir en el espíritu ajeno”²¹. Para evitar recibir las mismas críticas, Alonso tenía que mostrarse capaz de entablar una filología dispuesta a hacerse eco de los problemas de la sociedad argentina, con la que de un modo u otro debía entrar en diálogo, a fin de que no se repitiera la acusación de que la suya era una “filología para españoles”. Así, desde el mismo momento de su llegada a Buenos Aires, sostuvo la idea de una filología fuertemente enraizada en la Argentina. Supo darle publicidad a esta idea. En las declaraciones que realizó a los periodistas que lo fueron a recibir en el puerto a su llegada, y rodeado por un corro formado por profesores y estudiantes de la Universidad, declaró:

Que se propone en primer término conseguir que se establezca un laboratorio elemental de fonética y luego tratar de levantar un mapa lingüístico del país, a cuyo efecto considera urgente recoger los residuos de las lenguas aborígenes, hoy dispersos, así como las voces e inflexiones propias del habla corriente de los campos y el interior de la República. Otro que tiene en vista cumplir es la fundación de una «Revista de Dialectología Hispanoamericana» pues cree que Buenos Aires es el lugar más indicado para centralizar esa labor en la América española²².

De todas maneras, Vicente Rossi no lo recibió bien y se burló de Alonso, como se había burlado de todos los anteriores directores del Instituto de Filología: “es decir que un extranjero que por primera vez viene al Plata (será el tercer Adelantado que recibimos) trae ya la misión de hacernos nada menos que un léxico criollo-paisano (gauchesco le dirán nuestros filólogos)”²³. Una vez lanzada la provocación, Alonso no pudo eludir la discusión en torno a la existencia (o no) del “idioma de los argentinos”.

Lo primero que hizo a su llegada fue dedicarse a dar alguna respuesta en torno a esta polémica cuestión. Pero antes que nada era necesario escuchar atentamente a los argentinos hablar; había que detenerse a escuchar por la

²¹ Amado Alonso a Alfonso Reyes, Buenos Aires, *circa* enero de 1929, transcripta en MARÍA E. VENIER (ed.), *Crónicas parciales...*, cit., p. 5.

²² “Se encuentra en Buenos Aires el filólogo español Amado Alonso”, *La Prensa*, 15-IX-1927.

²³ VICENTE ROSSI, “Más rectificaciones y ampliaciones a unas notas lexicográficas”, *Folleto lenguaraces* N° 3, Río de la Plata, 1927, p. 28.

calle a la gente común y detectar con sagacidad los más mínimos matices de su pronunciación. Alonso tenía que evitar mostrarse como un español pedante que venía a denunciar la falta de purismo en la lengua criolla. A diferencia de Castro, corría con la ventaja de contar con un oído entrenado para captar las sutilezas del habla popular: traía de España una vasta preparación en fonética, campo en el cual se había formado con el lingüista Tomás Navarro Tomás. La fonética era un recurso extraordinario para lograr enraizar a la filología en la Argentina. Así, pues, alentó al por mayor este tipo de estudios que rescataran los matices fonéticos del hablar rioplatense. En esta línea, permanecería de hecho trabajando durante años su discípula Berta Elena Vidal de Battini, que hizo infinidad de viajes por el interior de la Argentina a fin de recabar información fonética regional a lo largo de todo el país. Como ejemplo de la capacidad de Alonso de prestar atención a la palabra hablada de la gente común, sin burlarse de nadie, basten las siguientes líneas que dan cuenta de un observador que se toma horas y horas para escuchar: “he estado atento muchas horas a las conversaciones de peones y reseros en estancias del Azul y tenía que afinar bien el oído para percibir un conato de rehilamiento en las ll, y de aquellos argentinos”²⁴.

Se interesó por el gaucho y su modo de hacer uso del idioma. Así advierte Alonso que su lenguaje es pobre cuando se refiere a la vegetación de la pampa, pero es mucho más rico, naturalmente, cuando debe describir el pelaje de su caballo²⁵. El lingüista se adapta a lo criollo y se interesa por el lenguaje de *Don Segundo Sombra*. Amado Alonso no era el típico académico que se encerraba entre libros en la biblioteca e invocaba la autoridad lingüística de la rancia tradición castellana. Por su capacidad de acercarse al habla de la gente común será difícil ver en él a un filólogo puramente libresco, reconcentrado con una actitud academicista, sin mayor contacto con la sociedad.

Alonso no pudo ignorar las demandas de la sociedad argentina, y ello se reflejó en la respuesta que elaboró cuando le tocó intervenir en la polémica cuestión acerca del “idioma de los argentinos”. Sabía que era éste un tema sensible. “Que nadie me suponga gratuitamente la intención de zaherir al medio intelectual del que formo parte”, advirtió, cuando finalmente se pronunció sobre este punto en 1932. En lugar de mostrarse como un lingüista casticista

²⁴ AMADO ALONSO, “El problema argentino de la lengua”, *Sur*, N° 6, otoño de 1932, p. 164.

²⁵ AMADO ALONSO, “Preferencias mentales en el habla del gaucho”, *Cursos y Conferencias*, N° 10, Año IV, 1935, pp. 1027-1049. Un interesante retrato de Alonso en LUIS EMILIO SOTO, “Amado Alonso, hablante, oidor y corregidor”, *Nosotros*, N° 31, octubre de 1938, pp. 326-335.

y algo pedante, se puso al nivel del público porteño para el que escribía. Así, pues, lejos de afirmar que el idioma español —el auténtico, el único posible— era el que se hablaba en España, y que todas las demás variantes de él no serían más que desviaciones impuras, Alonso sostuvo que aquel español prístino no existía siquiera en su país de origen, puesto que era tan grande la diversidad de matices provenientes de cada tonada regional, e incluso dialecto, que sería impropio hablar de algún tipo de pureza en la lengua española peninsular.

Pero no aceptó que existiera un auténtico “idioma nacional de los argentinos”. Postular su existencia, advirtió, era pecar de excesivo porteñismo, puesto que implicaría desconocer la infinidad de variantes lingüísticas regionales que existen en la Argentina, tan diversas —casi— como las que se presentan en las provincias españolas. Esto no quita reconocer, de todas maneras, el enorme peso específico que en cuestiones lingüísticas —como en tantas otras más— tiene Buenos Aires, por su fuerza expansiva, en todo el espacio rioplatense²⁶. Ante tan cuidadosa argumentación, Borges —siempre punzante— no osó descalificarlo, como había hecho de manera tan lapidaria con Américo Castro. Alonso demostró con habilidad que sabía cómo hablarle a la sociedad argentina, al menos la más culta, y estaba dispuesto a continuar haciéndolo.

Si hay algo que lo caracteriza es su capacidad de adaptarse a la sociedad porteña y a sus círculos de sociabilidad. De personalidad expansiva, con un don de gentes que le permitirá integrarse fácilmente a los más variados círculos sociales, con una enorme facilidad de palabra que incluso le abrirá el paso hasta alcanzar en reiteradas ocasiones el micrófono de radio en la emisora El Mundo, donde llegó a dirigir su propio programa, puede decirse que Amado Alonso terminará por integrarse plenamente a la sociedad porteña de entreguerras, en la que llegará a moverse como pez en el agua²⁷. Tenía una personalidad magnética —“hay que ser un poco actor para ser buen profesor”, solía decir—, poco frecuente en un académico de aquellos años, y capaz de atraer, incluso seducir, a los estudiantes. Su carácter llano y sociable lo ayudó

²⁶ Al respecto, ELVIRA N. DE ARNOUX y ROBERTO BEIN, “La valoración de Amado Alonso de la variedad lingüística del español”, *Cauce*, N° 18-19, 1995-1996, pp. 183-194. Sobre este tema, AMADO ALONSO, “El problema argentino de la lengua”, *Cursos y Conferencias*, N° 4, Año IV, 1935, pp. 405-413.

²⁷ En los años cuarenta, Alonso dirigió el programa de radio “Hombres de hoy” en El Mundo. Por él circularon figuras reputadas del mundo intelectual de entonces: Francisco Romero, Pedro Henríquez Ureña, Carlos Vaz Ferreira, Eleuterio Tiscornia, Jorge Luis Borges y Ricardo Molinari, entre otros. Sobre este programa, véase “Nosotros y el cinematógrafo, el teatro y la radio”, *Letras. Boletín del Círculo de Profesores de Castellano y Literatura Arnoldo C. Crivelli*, Buenos Aires, N° 2, Año 1, enero-marzo de 1944, p. 60.

a revertir la imagen que en la Argentina había tenido la filología desde los tiempos de Castro, a tal punto que el propio Borges, siempre incisivo, debió comenzar a moderar sus críticas contra el academicismo del Instituto. Su época de esplendor no tardaría en llegar.

III. El Instituto de Filología de Buenos Aires llevó en la década del treinta una marcha impetuosa. A poco de andar ya contaba con dos colecciones propias de libros especializados que daban cuenta de su dinamismo y de la capacidad de trabajo de su director: la prometida Biblioteca de Dialectología Hispanoamericana, por un lado, y la Colección de Estudios Estilísticos, por otro. En la primera, se cuentan, entre sus primeros títulos editados: *Problemas de dialectología hispanoamericana* (1930) de Aurelio M. Espinosa, con notas de Amado Alonso y Ángel Rosenblat; *Hispanismos en el guaraní* (1930) de Marcos Morínigo; *La lengua de Martín Fierro* (1930) de Eleuterio Tiscornia. Para 1940, esta colección ya había publicado más de diez títulos: eran siete libros en total, más varios cuadernos de investigación.

La preocupación de Alonso por darle un lugar a la dialectología hispanoamericana ya había sido anunciada desde el primer día de su llegada a Buenos Aires. Procuraba intentar apaciguar la polémica suscitada en los años veinte. No obstante ello, los punzantes *Folletos Lenguaraces* del “montonero” Vicente Rossi continuaron apuntando sus dardos contra el Instituto de Filología de Buenos Aires, incluso en la época en que ya lo dirigía Alonso. Rossi, que no advertía ninguna diferencia entre la época de Alonso y las anteriores, continuará escribiendo en su contra, en la jerga que le era habitual:

En el programa de la antiargentinidad idiomática, es un número interesante el Instituto de Filología de la universidad de Buenos Aires, fundado por el “ilustre restaurador... nacionalista” Don Ricardo Rojas, cuyo altar ha terminado con un retablo churrigueresco patinado de mugre ancestral, i en cuya ara el clérigo “de misa y olla” Don Amado Alonso mantiene el fuego sagrado de la castellanidad [...] La publicidad “seria” porteña vio en Don Amado la vuelta del “estandarte real” y lo pasea por “la fiel i leal villa de los Buenos Aires” cada vez que Don Amado trascendenta, haciéndonos oír la castisa “voz del Sinaí” desde el alminar del Instituto [sic]²⁸.

La crítica de Rossi en tono casi de burla no halló el mismo eco que había tenido en los años veinte. Ni siquiera Alonso se tomaría el trabajo de respon-

²⁸ VICENTE ROSSI, “Filología y filología. Confabulación antiargentinista”, *Folletos Lenguaraces* N° 23, Córdoba, Imprenta Argentina, 1939, pp. 77-78. Se preserva la ortografía del original.

derle. No obstante, cuando Borges se alzó también con su crítica contra la Biblioteca de Dialectología, Alonso no pudo ya permanecer callado. Escribió Borges en *Sur*—nada menos que en la prestigiosa revista de Victoria Ocampo— indirectamente contra Alonso y su iniciativa dialectológica:

No adolecemos de dialectos, pero sí de institutos dialectológicos. Estas corporaciones viven de reprobando las sucesivas jerigonzas que inventan. Han improvisado el gauchesco, a base de Hernández; el cocoliche, a base de un payaso que trabajó con los Podestá; el vesre, a base de los alumnos de cuarto grado. Poseen fonógrafos: mañana transcribirán la voz de Catita. En esos detritus se apoyan.

Esta vez Alonso sí se dio se dio por aludido y se ocupó de frenar de lleno la estocada de Borges. Inmediatamente, su réplica, minuciosa y contundente, se publicó también en *Sur*. El Instituto de Filología, afirmó, no inventó ninguna jerigonza: ni el gauchesco, ni el cocoliche, ni siquiera el vesre. Y no poseía fonógrafos de ningún tipo para estudiar el habla del célebre personaje de Niní Marshall. Aclaró además que el Instituto no reprobaba ninguna lengua o manera de hablar de tipo popular; simplemente las estudiaba “por cumplir con nuestra vocación y hacer lo más decentemente posible la tarea que nos toca en la comunidad a que pertenecemos”²⁹. Alonso demostró, así, una vez más su capacidad de defender su terreno frente a la crítica acerba de Borges. Y la legitimidad, así como la autoridad, del Instituto de Filología de Alonso no fueron más cuestionadas. Al menos, no abiertamente. Circularían sin embargo durante muchos años fuertes rumores contra Alonso. Se decía que “explotaba” a la gente que trabajaba con él, incluso al propio Pedro Henríquez Ureña o a los hermanos María Rosa y Raimundo Lida, puesto que el Instituto no disponía de recursos para costear sueldos de ayudantes de investigación, y tampoco tenía becarios o investigadores *full time*. Si bien esto era en realidad impensable en la Universidad de los años treinta, estas críticas tendrán más tarde o más temprano sus consecuencias.

Pero volvamos a las primeras publicaciones del Instituto. En la segunda, la colección de Estudios Estilísticos, lo primero que se publicó fue la *Introducción a la estilística romance*, de Karl Vossler, en 1932. Esta colección respondía a una demanda bien diferente de la anterior: se procuraba ofrecer una

²⁹ J. L. BORGES, “Las alarmas del doctor Castro” [1941], *El lenguaje de Buenos Aires*, Buenos Aires, Emecé, 1998, p. 34, también publicado en *Sur*, N° 86, noviembre de 1941; Amado Alonso, “A quienes leyeron a Jorge Luis Borges en *Sur* N° 86”, *Sur*, N° 89, febrero de 1942, pp. 79-81.

serie de estudios literarios y lingüísticos de autores que no habían alcanzado hasta ahora ningún tipo de difusión en lengua española. No tardó en obtener su reconocimiento: los títulos allí publicados alcanzaron luego reediciones por casas editoriales más grandes como Losada o Hachette. Alonso trajo a la Argentina una serie de autores centroeuropeos con los que había tenido contacto durante una estadía que había realizado en Alemania a comienzos de los años veinte y se encargó de hacerlos difundir: entre ellos, los lingüistas Karl Vossler, Helmut Hatzfeld, Leo Spitzer, entre los más importantes. Prestigiaba a su Instituto la difusión de bibliografía especializada hasta entonces desconocida. Además, contaba en su Instituto con Raimundo Lida, uno de sus colaboradores que mejor manejaba el alemán y podía traducir las obras de estos autores especializados, de tal modo que le encargó a él la edición de estas obras.

Y para difundir esta nueva bibliografía especializada en teoría literaria Alonso invitó al lingüista Karl Vossler a viajar a la Argentina, para dar conferencias en la Universidad de Buenos Aires. Vossler era el autor de una novedosa teoría de crítica literaria que se dio en llamar “estilística”, que abogaba por estudiar las marcas de estilo que el autor dejaba en sus obras. Invitarlo era una apuesta fuerte para Alonso, puesto que redundaría en una mayor visibilidad social para su propio Instituto. En una sociedad como la porteña donde las conferencias tenían siempre un muy abundante público, y más si eran dadas por extranjeros, la visita de un erudito alemán, prácticamente desconocido en el país, ayudaría a conferirle todavía más prestigio al incipiente Instituto. Ello, claro está, siempre que Vossler fuera capaz de ponerse a tono con el público porteño, respondiendo a sus inquietudes sin petulancia. La prueba fue sorteada con éxito, finalmente, puesto que se habló de Vossler en las principales revistas culturales, incluida *Sur*. Y en un gesto que fue muy bien recibido por la opinión local, el lingüista alemán tuvo la delicadeza de difundir en Europa, a su regreso, unos versos del Martín Fierro traducidos al alemán con la colaboración de Raimundo Lida³⁰.

Pero luego de la publicación de los dos primeros volúmenes, casi sucesivos, la colección perdió buena parte de su impulso inicial, y ya no publicaría sino pequeños cuadernos con trabajos menores. La preocupación por la estilística se fue desdibujando con el transcurso del tiempo. Tanto es así que el propio Alfonso Reyes le escribía en 1940 a Amado Alonso expresándole fuertes dudas en torno a Vossler. Reyes creía que en el fondo no había nada nuevo en eso que se daba por llamar estilística, es decir, que no difería de los métodos de crítica literaria ya conocidos entre los hombres de letras:

³⁰ “Publicaciones”, *Nosotros*, N° 1, segunda serie, abril de 1936, pp. 113-114.

Conozco estudios de estilística, pero me pregunto si no podría encontrar en alguna parte una definición concreta de este método crítico. Lo de Vossler por usted publicado y las explicaciones de los prólogos de usted me dan ideas en el aire. ¿No hay una definición, acompañada de enumeración de los principales problemas considerados? Lo que más me interesa es deslindar bien el concepto frente a los tradicionales métodos de crítica histórica y de crítica psicológica³¹.

De todas maneras, y más allá de las discusiones que este método pudiera suscitar, ya para entonces la estilística había dejado de estar en el centro de las preocupaciones de Alonso. Para 1940, eran sólo tres los títulos publicados por esta colección y no estaba claro si se iba a seguir adelante con ella.

Pero el hecho de que la colección de estudios estilísticos perdiera fuerza con el correr de los años no es sin embargo un signo de estancamiento en el Instituto de Filología, sino más bien, de todo lo contrario: hablan de una extraordinaria actividad en una nueva serie de tareas que se fue presentando con el correr de los años y que habría sido difícil de imaginar en un principio. A lo largo de la década de 1930, el Instituto había logrado diversificar tanto el campo de su actividad que la colección ya no gravitará con la fuerza que había tenido al momento de su lanzamiento, entre 1931 y 1932. A medida que crecía, el abanico se desplegaba cada vez más, y muchas otras actividades habían venido a concitar los esfuerzos del Instituto.

Este crecimiento no fue el producto de una política universitaria que hubiera sido decidida por las autoridades de la Facultad. La Universidad de Buenos Aires en los años treinta no solía conferirles a sus institutos de investigación un presupuesto generoso. No existía, por otra parte, ningún tipo de agencia estatal dedicada a la promoción científica y la investigación, por medio de subsidios o becas a la investigación. Los recursos eran a primera vista bien magros, sin empleados permanentes, en especial en los primeros tiempos; no obstante, no faltaron para el Instituto de Filología las oportunidades de conseguir cada vez más oportunidades de trabajo para todos sus miembros. E incluso, lo más importante: obtuvo cada vez más importantes cuotas de prestigio.

Claro que todo ello había que irlo a buscar por fuera de la propia institución universitaria. Amado Alonso, de hecho, participaba de infinidad de círculos sociales ajenos a la Universidad. De hecho, buena parte de la gestión cultural e intelectual de estos años tuvo sus centros más dinámicos por fuera de la Universidad. Lo más interesante estaba fuera de las aulas: así, por ejem-

³¹ Alonso Reyes a Alonso, México, 16-VIII-1940, en M. E. VENIER, *Crónicas parciales...*, cit., p. 129.

plo, las clases que Pedro Henríquez Ureña daba en su propia casa para un pequeño círculo de fieles discípulos³². O las largas tertulias que una vez por semana compartía Henríquez Ureña con Francisco Romero y Alfonso Reyes, para discutir infinidad de temas acerca de la cultura hispanoamericana³³. El dominicano además dictaba cátedra en aquellos legendarios viajes en tren entre Buenos Aires y La Plata, que nunca se borrarían de la memoria del círculo de jóvenes que lo frecuentaban, como José Luis Romero o Raimundo Lida —todos ellos fueron profesores de la Universidad Nacional de La Plata—. La cátedra se salía de la solemnidad del claustro y en ello estribaba su éxito.

Y se continuaba en tertulias, veladas, banquetes y cenas. A veces, para agasajar a un visitante extranjero; otras, para despedir a los que viajaban al exterior. O para celebrar el lanzamiento de un libro o una revista. O, simplemente, por el placer de encontrarse a cenar. Luego de la partida de la Argentina de Alfonso Reyes, que había convertido a la Embajada de México en un muy activo centro de tertulias entre 1927 y 1930, la casa de Victoria Ocampo en San Isidro pasó a ocupar el corazón de la sociabilidad de los hombres de letras y de los intelectuales, en especial los días domingo. En los días de semana, la casa de Amado Alonso o la de Nieves Gonnet de Rinaldini no lo eran menos. Los encuentros entre Henríquez Ureña, Borges, Orfila Raynal, José Luis Romero, Ocampo, Alonso solían continuar incluso durante los meses de verano, ya sea en Villa Ocampo, en Mar del Plata o en Punta del Este, donde los Alonso alquilaron una casita de verano en 1945. Recuerda la hija de Henríquez Ureña que en esos años su casa era muy frecuentada. Vivían en La Plata, otra ciudad que también llegó a convertirse en un verdadero hervidero cultural:

Mis padres recibían con mucha frecuencia y como en ese momento Buenos Aires era visitada por multitud de intelectuales de todas partes, muchos fueron invitados a nuestra casa. [...] En el verano de 1943 fuimos a Miramar los consabidos tres meses de vacaciones, aunque mi padre vino escasamente quince días. Otros quince los pasó en la casa de Victoria Ocampo en Mar del Plata, como otras veces. En ese momento me parecía natural³⁴.

Amado Alonso se insertó plenamente en esta red de sociabilidad. De hecho, el propio Instituto de Filología funcionó por una temporada en una casa

³² SONIA HENRÍQUEZ UREÑA DE HLITO, PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA, *Apuntes para una biografía*, México, Siglo XXI, 1994, p. 114.

³³ Francisco Romero a Alfonso Reyes, Martínez, mayo de 1955, en *Libro jubilar de Alfonso Reyes*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1956, pp. 363-368.

³⁴ SONIA HENRÍQUEZ UREÑA DE HLITO, PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA, *Apuntes para una biografía...*, cit., pp. 145-148.

cedida por Victoria Ocampo, casi en la esquina de Florida y Viamonte (Florida 691). Y exactamente a la vuelta de esa casa, en Viamonte 548, se encontraban las oficinas de *Sur*, al menos hasta mediados de 1942, cuando estas se mudaron a San Martín 689 —buena parte del tiempo, sin embargo, la revista se seguía haciendo en la casa de Victoria en San Isidro—. A través de estos vínculos, entre otros más, Amado Alonso logrará acercarse a la industria editorial, por entonces pujante. Será gracias a la fuerte relación que logrará trabar con ella que el Instituto de Filología logró alcanzar su esplendor.

La industria editorial argentina verificó un gran desarrollo en los años que sucedieron a la Primera Guerra Mundial. Con la aparición en escena de las editoriales Tor y Claridad, de Antonio Zamora y Juan Torrendell, fundadas en 1916 y 1922 respectivamente, el libro barato y popular se había vuelto una realidad harto difundida, que no hará sino afianzarse con el correr de los años³⁵. Y también habrá de volverse cada vez más sofisticada, en especial durante los años treinta. En especial, fue en los años de la guerra civil española que ingresaron al mercado del libro barato nuevas y todavía más dinámicas editoriales.

En este sentido se destaca la colección Austral de Espasa-Calpe. Ideada en Madrid por el editor Gonzalo Losada, se instaló en Buenos Aires en 1937. El desafío al que se enfrentó esta nueva colección de libros baratos era ligeramente diferente de las anteriores: no se trataba sólo de garantizar que el lector común tuviera al alcance de su mano libros de bajo costo, sino además de la más alta calidad. Una de las debilidades más importantes de los libros baratos de Buenos Aires solía ser su escaso nivel de profesionalismo. La colección Austral venía a ofrecer un tipo de producto completamente novedoso en este sentido, a tal punto que cabía compararla con Penguin Books, la más prestigiosa editora británica de libros de bolsillo:

El problema de la librería argentina consiste en resolver la conciliación del precio módico con la presentación decorosa. Pues si se ha resuelto por algunas editoriales el primer aspecto, inundando el mercado de libros baratísimos, desgraciadamente muchos de estos constituyen verdaderos atentados contra la cultura, como que no es fomentarla editar en mal papel, con tipos sucios y rotos, textos mutilados y llenos de erratas, o traducidos en lengua jenízara. [...] Los primeros volúmenes de la biblioteca que bajo el título de colección Austral [...] son una muy segura promesa de que tendremos los mejores libros

³⁵ LUIS ALBERTO ROMERO, “Una empresa cultural: los libros baratos”, en LEANDRO H. GUTIÉRREZ y LUIS A. ROMERO, *Sectores populares, cultura y política. Buenos Aires en la entreguerra*, Buenos Aires, 1995.

de nuestra lengua, originales o traducidos, bien presentados, y a un precio conveniente. Esta colección imita en su linda presentación exterior la inglesa de Penguin³⁶.

Y a continuación se sucedieron las diversas colecciones de libros que lanzó la editorial Losada, con idéntico propósito de intentar conciliar la calidad editorial con las tiradas voluminosas y económicas. Fundada en 1937 por Gonzalo Losada, ya en Buenos Aires, impulsó una política editorial dominada por la publicación de colecciones diferenciadas que el lector podía identificar muy fácilmente: una colección de literatura contemporánea; otra denominada “las cien obras maestras de la literatura y del pensamiento universal” dirigida por Pedro Henríquez Ureña; otra más que reunía las obras completas de Federico García Lorca, a cargo de Guillermo de Torre quien también dirigía la serie “La pajarita de papel”, más sofisticada; las colecciones de libros destinados a la enseñanza en sus diferentes niveles; la colección “Los inmortales”, donde se publicó una edición modernizada de *Amadís de Gaula*, a cargo de Ángel Rosenblat (1940), una versión del clásico de la literatura castellana que Raimundo elogió en una reseña que hizo para *Sur*³⁷. Losada pudo además incursionar en la publicación de pequeños libros de arte destinados a un público de masas, como el *Antonio Berni*, de Roger Plá, que incluía grabados e ilustraciones (1945). Los libros de arte dejaban de ser un lujo para tan sólo unos pocos.

Cada colección tenía su respectivo director, garante de un producto que pretendía ser de la más alta calidad³⁸. Amado Alonso dirigió una de ellas, concebida desde el vamos para un público no especialista:

La Losada va cobrando mucha importancia. Ahora he organizado una colección de tomitos de unas 150 páginas (o poco más) que se titularán “Vida y obra de...”. [...] Son libros destinados a profesores secundarios, alumnos universitarios, periodistas y escritores, etc., los que no se satisfacen con las páginas de Hurtado Palencia [v.g., un clásico manual de literatura española], tampoco pueden entregarse a la lectura de volúmenes y de artículos. Una visión sintética, pues. Al final, un par de páginas con la bibliografía esencial, haciendo en cada título alguna indicación útil (qué va a encontrar en esa obra el lector). Queremos hacer tomitos baratos, para vender muchos, y por eso proponemos

³⁶ “Colección Austral”, *Nosotros*, N° 20, noviembre de 1937, p. 353.

³⁷ RAIMUNDO LIDA, “Amadís de Gaula”, *Sur*, N° 77 (1941), pp. 75-77.

³⁸ “Una nueva editorial argentina”, *Nosotros*, N° 29, agosto de 1938, pp. 99-100.

a los autores pagarles solamente el 10%. De ofrecer 15% tendríamos que subir el precio unos centavos más, lo cual perjudicaría la venta³⁹.

Entre 1938 y 1939, a Losada le sucedió la fundación de dos nuevas editoriales también a cargo de exiliados españoles: Sudamericana y Emecé; la primera a cargo de Antonio López Llausás y la segunda de Bonifacio del Carril. Por su parte, la editorial Sur de Victoria Ocampo ya había empezado a funcionar con la publicación de traducciones y ensayos en torno a una selección de autores contemporáneos —Virginia Woolf, Aldous Huxley, Jacques Maritain, entre otros—. Y en 1943 Daniel Cosío Villegas, el fundador del Fondo de Cultura Económica de México, visitaba la Argentina por sugerencia de Alfonso Reyes, con vistas a abrir una sucursal en Buenos Aires que no tardaría en establecerse bajo la responsabilidad de Arnaldo Orfila Raynal, especialmente recomendado por “Don Pedro” (Henríquez Ureña)⁴⁰. Estas grandes casas editoriales eran tan sólo la punta del *iceberg*. Por debajo de ellas existía todo un sinnúmero de editoriales de mucho menor calibre, desde pequeños emprendimientos privados hasta algunas de carácter público, asociadas a las universidades —se destacaron en este sentido las universidades nacionales del Litoral y de Tucumán— o a diferentes organismos estatales como la Biblioteca Nacional. Todas ellas, desde las más consagradas hasta las más pequeñas, participaron de la primera “Feria del Libro” argentina, organizada por la Cámara del Libro, a comienzos de 1943, que resultó un éxito más allá de lo previsto, con más de dos millones de asistentes, según se estimó en su momento.

A tal punto llegó el *boom* editorial de Buenos Aires en aquellos años dorados de fines de la década de 1930 que incluso la industria editorial católica —siempre a la zaga de las editoriales de carácter comercial— pudo en cierta medida acompañar este proceso y alcanzar la cresta de su propia ola. Si hasta mediados de los años treinta los autores católicos más populares como Manuel Gálvez y Gustavo Martínez Zuviría (“Hugo West”) publicaban sus obras, algunas de ellas verdaderos *best-sellers*, en las casas editoras más conocidas, de carácter comercial, hacia fines de esa década se advierte que muchos de ellos viran hacia la Editorial Difusión. Esta casa fue fundada en 1937, en pleno *boom* editorial porteño, por Luis Luchía Puig y se convirtió en la empresa editorial católica más exitosa de su tiempo, capaz de lanzar la publicación

³⁹ Amado Alonso a A. Reyes, Buenos Aires (con membrete de Editorial Losada), 7-XII-1939, en MARÍA ELENA VENIER (comp.), *Crónicas parciales...*, cit., pp. 103-104.

⁴⁰ Un breve perfil que da cuenta de su papel en la cultura argentina de esos años, en LUIS ALBERTO ROMERO, “Arnaldo Orfila Raynal”, conferencia del Teatro Nacional General San Martín, 30-IV-1984.

de las obras completas de los prestigiosos monseñores Miguel de Andrea y Gustavo Franceschi, en varios tomos muy prolijos y cuidados. El esplendor de la industria editorial de Buenos Aires no fue, pues, un hecho excepcional que afectó a algunas pocas casas editoriales.

En este marco Amado Alonso no sólo impulsó la publicación de series de obras especializadas, que reflejarían la labor de sus miembros; su influencia se extendió a impulsar emprendimientos culturales que sacarían provecho del crecimiento editorial de Buenos Aires, en especial, en la segunda mitad de la década de 1930. A través de su contacto con las principales casas editoriales de esos años, permitió que su Instituto se convirtiera en un semillero de escritores capaces de prologar obras clásicas, realizar traducciones y ediciones críticas de textos literarios, tanto antiguos como modernos.

Claro que el Instituto también se encargaba muchas veces del trabajo editorial más pedestre, desde las traducciones hasta la corrección de pruebas. Amado Alonso repartía a sus “filologuesnos” —así los llamaba a sus discípulos— infinidad de tareas editoriales, a veces no las más estimulantes para investigadores que deploraban el trabajo técnico, por más que la paga fuera buena. Y no sólo les daba estas verdaderas changas a los estudiantes que apenas se estaban iniciando en su formación —esto no sería tan grave—. Sino que al propio Henríquez Ureña le tocó en suerte lo que para él fue la muy indigna tarea de revisar la novela *La amortajada* de María Luisa Bombal. Según Tulio Halperín Donghi, éste “era uno de los motivos de la depresión en que [Henríquez Ureña] vivía hundido”⁴¹. Esto opacó por momentos al Instituto, en especial, a los ojos de quienes lo conocían muy bien por dentro en su día a día y podían mirarlo con algo de ojo crítico.

El Instituto, pues, no sólo fue un centro dinámico de investigación, de producción erudita y especializada, sino que —lo más notable— logró construir estrechos vínculos con la industria editorial de masas, a la que asesoraba, y más cuando ésta lanzó al mercado sus nuevas colecciones de alta calidad. El libro barato de Buenos Aires contaría ahora con una producción editorial de primer nivel, con títulos, traducciones y prólogos eruditos avalados por uno de los institutos de investigación más prolíficos y reputados de la Universidad.

En este contexto se explica por ejemplo que incluso una de las más eruditas investigadoras del Instituto de Filología, la filóloga abocada a las lenguas clásicas María Rosa Lida, alcanzara cierta visibilidad pública. Era todo un desafío intentar convertir en *best-seller* a las obras clásicas de Horacio, Virgilio, Plutarco, Sófocles y Juan Ruiz; sólo una editorial de la talla de Losada estuvo dispuesta a arriesgarse a ello. Tanto los prólogos a *La Eneida* (Losada,

⁴¹ Correo electrónico de Tulio Halperín Donghi a la autora, julio de 2009.

1938), a las *Odas* y epodos de *Horacio* (Losada, 1939) y sus *Sátiras* y epístolas (Losada, 1940), como su Introducción al teatro de Sófocles (Losada, 1944) y su selección del *Libro de buen amor* (Losada, 1941), todos ellos obra de María Rosa, como la edición de las *Vidas paralelas* de Plutarco (Losada, 1939) a cargo de Pedro Henríquez Ureña, pero con algunos fragmentos traducidos por María Rosa, fueron muestras cabales del fuerte entrelazamiento que el Instituto llegó a tener con la industria editorial. El principal mérito de las ediciones populares en las que trabajó María Rosa Lida consistió en alcanzar una meta poco frecuente, en especial, en la publicación de textos de la antigüedad clásica: fueron juzgadas igualmente válidas tanto para un lector especializado que podría leerlas con confianza en una edición barata, como para el novato que se aproximaba por primera vez a ellas. Estas ediciones, que en nada se parecen a las de la editorial Gredos, llegaron a España, naturalmente, y fueron elogiadas por Menéndez Pidal. Claro que para el especialista, publicaría además una larga serie de artículos en revistas especializadas, que comentaban en detalle aspectos presentados apenas someramente en sus prólogos para las ediciones populares. Así, pues, el trabajo quedaba sólidamente articulado, abarcando al mismo tiempo al lector novato y al académico.

Este simultáneo esfuerzo por llegar tanto a un público erudito como a otro masivo y no tan cultivado era fruto del tipo de orientación que Amado Alonso le imprimió a su Instituto y a sus discípulos, y del sesgo específico que le daba a su trabajo en la Argentina. Su presencia hoy diríamos mediática, que él no despreciaba por ir destinada al “vulgo” sino que por el contrario la veía como una oportunidad sin límites para elevar el nivel cultural de las masas, respondía a una compleja comprensión de las transformaciones sociales que había vivido la Argentina en el período de entreguerras, y la centralidad que la lengua y, por consiguiente, los lingüistas tenían (o debían tener) en una sociedad que él comenzó por entonces a definir como de aluvión. Esta misma idea, pero desde una perspectiva sociohistórica, fue utilizada más tarde por José Luis Romero para explicar las transformaciones sociales del período⁴². Ya en 1935 Alonso escribía:

El tema del purismo [en la lengua] es aquí de permanente actualidad. Como la lengua de Buenos Aires está empobrecida e insegura, entre otras cosas a causa del monstruoso crecimiento de la ciudad por aluvión, a los preceptores

⁴² JOSÉ LUIS ROMERO, *Las ideas políticas en la Argentina*, varias ediciones. Sobre su significación para la historiografía argentina, CARLOS ALTAMIRANO, “José Luis Romero y la idea de la Argentina aluvial”, *Prismas. Revista de historia intelectual*, 5 (2001); OMAR ACHA, *La trama profunda. Historia y vida en José Luis Romero*, Buenos Aires, 2005.

les falta a menudo el punto social de referencia para los casos dudosos. La tradición oral de lengua culta está desmenuzada y casi pulverizada entre los dos millones de porteños nuevos⁴³.

La inmigración de masas traía consigo el riesgo de que la lengua culta quedara erosionada por el habla popular. La rápida transformación social amenazaba con subvertir —entre otras cosas— los cánones y las jerarquías del buen decir. El aluvión inmigratorio, junto con la notable expansión que estaba teniendo la cultura de masas, tornaban necesaria la intervención de los lingüistas a fin de imprimirle a la diversidad de las hablas populares una misma orientación culta. Esta preocupación ya se estaba generalizando entre los profesores de lengua y los lingüistas que tenían algo de eco en la opinión pública. Así, por ejemplo, el caso del profesor José Cantarell Dart que, a raíz de la publicación de su libro titulado *Defendamos nuestro hermoso idioma* (Librería Jesús Menéndez, 1937), habló en diferentes audiciones de Radio Mitre y Radio Mayo sobre problemas lingüísticos⁴⁴. La cuestión también encontró eco en la prensa, ya sea a través de la columna editorial de la revista *Criterio* a cargo de monseñor Gustavo Franceschi, a la sazón, miembro fundador de la Academia Argentina de Letras, como en diversos artículos de Amado Alonso publicados *La Nación*, luego compilados en su libro *La Argentina y la nivelación del idioma*, de 1943. Alonso apelaba a que la Academia Argentina de Letras cumpliera una tarea tutelar que juzgaba imprescindible, y más considerando la relevancia que la industria editorial argentina había alcanzado en Hispanoamérica.

No desdeñó, tampoco, la colaboración con el Estado. Consultado por el Ministerio de Instrucción Pública, participó junto con Henríquez Ureña y Gregorio Halperín de una comisión que tendría por tarea la confección de los nuevos programas para la enseñanza de la lengua. El resultado de estos contactos fue que el gobierno de Justo resolvió convertir en texto obligatorio para la enseñanza secundaria la gramática de Alonso y Henríquez Ureña⁴⁵. (Este último ya había intentado intervenir en decisiones públicas en materia educativa cuando en 1931 regresó a la República Dominicana, convocado a trabajar en el gobierno de Trujillo como Superintendente de Enseñanza; no

⁴³ AMADO ALONSO, “El problema argentino de la lengua”, en *El problema de la lengua en América*, Madrid, Espasa-Calpe, 1935, p. 41.

⁴⁴ El libro lo reseñó Roberto Giusti en *Nosotros*, N° 23, febrero de 1938, p. 234.

⁴⁵ AMADO ALONSO, “Para la historia de la enseñanza del idioma en la Argentina”, *La Argentina y la nivelación del idioma*, Buenos Aires, Institución Cultural Española, 1943. Al respecto, véase: GUSTAVO BOMBINI, “Reforma curricular y polémica: Amado Alonso y los programas de nivel secundario en la Argentina”, *Cauce. Revista de Filología y su didáctica*, N° 18-19, 1995-1996, pp. 215-224.

obstante, su relación con el gobierno se volvió turbia a poco de andar y regresó a la Argentina.)

Había otras opciones que el gobierno argentino hubiera podido elegir en los años treinta. La tipográfica salesiana había publicado en 1931 la primera edición del libro *El habla de mi tierra*, del sacerdote Rodolfo Ragucci, un libro con ilustraciones que a partir de 1943, cuando se implementó la enseñanza religiosa obligatoria y la Acción Católica ganó crecientes espacios en la política educativa nacional, vio multiplicarse exponencialmente sus ediciones. Ragucci contaba además, ya para fines de los años treinta, con una columna permanente denominada “El buen decir” en *El Pueblo*, el diario católico de Buenos Aires. Claro que la opinión católica solía asociar la corrección lingüística con la virtud moral, ambas ausentes por igual en el seno de la cultura de masas que se quería regenerar, pero nunca llegaría a competir con el prestigio intelectual de Amado Alonso y Henríquez Ureña. De hecho, el gobierno de Justo se inclinó por la gramática de los lingüistas profesionales: en la decisión prevaleció el profesionalismo de sus autores y no la relación relativamente amigable que el gobierno tenía con la Iglesia Católica. Así, el Instituto de Filología vio trepar a las nubes su prestigio.

No sólo la educación o los libros de texto; todas las industrias culturales argentinas, en especial las de exportación, podían ser objeto de intervención por parte del Instituto de Filología. Era necesario, pues, lograr que las películas y los libros argentinos se despojaran de localismos y resultaran fácilmente comprensibles en todo el continente de habla hispana: de eso se trataba la necesidad de llevar a cabo una “nivelación” en el idioma, tan pregonada por Alonso. De este modo, la ampliación del mercado podría alcanzar con seguridad un vasto público latinoamericano. En 1940 en una serie de artículos publicados en *La Nación* —y adviértase otra vez la fuerte presencia que Alonso tenía en la opinión pública— escribía:

Podemos aceptar como un hecho de nuestra historia inmediateamente venidera que la Argentina va a tener la responsabilidad de llegar con su literatura, y con los libros ajenos escritos para ella, con sus películas y con el lenguaje del aire, a todos los rincones de América y cuando Dios quiera, también a las librerías españolas⁴⁶.

⁴⁶ AMADO ALONSO, “Las academias y la unificación del idioma” (artículo publicado en *La Nación* el 18-VIII-1940), en *La Argentina y la nivelación del idioma*, cit., p. 57. Véase además el capítulo titulado “El periodismo, la radio y el cinematógrafo”, pp. 47 y ss.

Al lingüista le tocaba la responsabilidad de asesorar a las crecientes industrias culturales argentinas, para su expansión internacional. Debía para ello ser capaz de insertarse plenamente en la sociedad de la que forma parte. El académico debe tener conciencia histórica y social del mundo en el que actúa, y reflejar los múltiples usos de la lengua tal cual ésta es hablada por la gente, más allá de si se ajusta o no al canon establecido:

Al lingüista, como historiador de la lengua, le importa explicarse tanto las acciones faustas como las infaustas; su límite natural no está en lo que debe ser (según las ideas de un legislador del idioma) sino en lo que realmente ha sido y es⁴⁷.

Estas ideas acerca de la conciencia social e histórica del lingüista y su compromiso con la sociedad de su tiempo a través de su intervención pública no habrían podido desarrollarse del modo en que lo hicieron sino en esa Buenos Aires tan pujante en lo que a la cultura de masas respecta, gracias al notable incremento de la producción editorial, del cine y de la radio. La preocupación por la intervención pública del lingüista en pos de una “nivelación” y unificación en el idioma, necesidad tanto más urgente en tiempos de masificación, fue un producto de la impresionante ampliación del mercado cultural. Le ofrecía al lingüista un campo de acción, y a la vez una fuente de trabajo, que parecía a primera vista sin límites.

Fue tanto lo que alcanzó a crecer el Instituto de Filología en los años treinta, que consiguió cosechar incluso un fuerte prestigio internacional, y más en una época de notable cerrazón cultural para Europa como es la década de 1930. El Instituto vio consolidar su prestigio en el globo. A tal punto que en el año 1939 lanzó una revista especializada que contó con el financiamiento de instituciones académicas de los Estados Unidos: la *Revista de Filología Hispánica*. Venía a llenar el hueco que dejó el cese de la *Revista de Filología Española*, la publicación madrileña que editaba el Centro de Estudios Históricos. Las universidades norteamericanas apoyaron la revista a editarse en Buenos Aires, en un gesto de reconocimiento para con la gestión de Alonso en el Instituto de Filología. Claro que había otras opciones: sin ir más lejos, una alternativa a considerar era el centro de investigación que Federico de Onís estableció en la Universidad de Columbia de Nueva York, un hombre que se había formado en la escuela de Menéndez Pidal. Buenos Aires, sin embargo, ya era para entonces el corazón de la industria cultural en lengua española en

⁴⁷ AMADO ALONSO, “Intereses filológicos e intereses académicos en el estudio de la lengua”, *La Argentina y la nivelación del idioma*, cit., p. 73.

toda Hispanoamérica, y tuvo todas las de ganar. En ningún otro lugar tenía más sentido contar con un prolífico Instituto de Filología.

Los contactos con las universidades norteamericanas se habían afianzado, mientras tanto. Tuvieron un papel clave en este sentido las visitas de Alfonso Reyes a Nueva York. Cada vez que el diplomático mexicano regresaba de Buenos Aires a México forzosamente debía hacer escala en los Estados Unidos —no había una línea de barcos que uniera de manera directa ambas ciudades— y, de preferencia, elegía la gran ciudad norteamericana, sede de la Hispanic Society, importante centro de arte, cultura e investigación en lengua española. Y a comienzos de 1939, cuando todavía no había estallado la Segunda Guerra Mundial, el gobierno de Roosevelt fundó el Departamento de Relaciones Culturales con América Latina, por cuyo intermedio se establecía un programa de becas para la formación en Estados Unidos de universitarios latinoamericanos⁴⁸. Cabe mencionar, además, que las prestigiosas becas Guggenheim, instituidas en 1925, ya habían comenzado a premiar a escritores y ensayistas argentinos —Julio Fingerit la obtuvo en 1932—. En este contexto, no resulta, pues, un hecho tan extraordinario y sorprendente que la Universidad de Columbia de la ciudad de Nueva York prestara su aval para la publicación de una revista especializada editada por el Instituto de Filología dirigido por Amado Alonso.

Los contactos no tardaron en traducirse en gestos de reconocimiento. Amado Alonso fue nombrado miembro de honor de la Modern Language Association of America; Foreign Honorary Member de la Academy of Arts and Sciences de Boston, miembro de la Philosophical Society of America y Doctor *Honoris Causa* por la Universidad de Chicago (1941). Además, y al igual que también había hecho Pedro Henríquez Ureña entre 1940 y 1941 cuando le concedieron la cátedra Norton, Amado Alonso fue invitado a Harvard como profesor visitante en septiembre de 1946. Era sin duda el mayor honor que podía alcanzar en los Estados Unidos.

IV. La partida de Alonso, que en principio sería sólo temporaria, se volvió definitiva, y lo mismo cabe decir de varios de sus discípulos. La Universidad de Buenos Aires, en pleno gobierno de Perón, le impuso a Alonso condiciones que ya no podía cumplir, debido a sus compromisos en Estados Unidos. Un Perón que había llegado al gobierno, entre otras cosas, gracias a una campaña de propaganda donde se medía con Spruille Braden, no podía sino traerle problemas al Instituto de Filología, que tan fuertes vínculos tenía con las principales universidades y academias norteamericanas.

⁴⁸ “Un Departamento de Relaciones Culturales en Estados Unidos”, *Nosotros*, N° 35, febrero de 1939, pp. 235-236.

Alonso se fue de la Argentina en septiembre con la idea de regresar a fines del año lectivo del hemisferio norte, en junio de 1947. La licencia que pidió para ese viaje —estuvo siempre en sus planes regresar a Buenos Aires— desencadenó una polvareda que él jamás habría podido imaginar. En anteriores viajes había documentado debidamente su pedido de licencia y la había obtenido sin mayores trabas. Pero en 1946, con el gobierno peronista, una invitación a Harvard, es decir, la más prestigiosa universidad yanqui, no era precisamente algo que pudiera ser bien visto. Alonso pidió licencia para su cátedra de Filología Romance de la Universidad, licencia que le fue concedida tal como fue solicitada. No obstante, el interventor de la Facultad de Filosofía y Letras, Enrique François, le envió una nota en septiembre de 1946 informándole que si bien se le había otorgado la licencia para la cátedra, ella no se hacía extensiva al Instituto de Filología. Amado Alonso creía que con pedir una única licencia bastaba, puesto que el reglamento que establecía las normas de funcionamiento del Instituto estipulaba que la titularidad del Instituto debía coincidir con el desempeño en aquella cátedra. Pero François declaró en suspenso dicha reglamentación y entregó la titularidad del Instituto de Filología, así como también la responsabilidad sobre la *Revista de Filología Hispánica* a su nuevo director, Ángel Battistessa, su sucesor en la cátedra.

Inmediatamente, los alumnos de Alonso y sus colaboradores directos en el Instituto enviaron una nota al interventor donde expresaron que era su “deber de conciencia” solicitarle que revisara la medida. La firmaban los hermanos María Rosa y Raimundo Lida, Ángel Rosenblat, Frida Weber, Julio Caillet-Bois, Raúl Moglia, Paul Bénichou —el intelectual argelino había visitado Buenos Aires en 1940 invitado por la Universidad y se había hecho amigo de Borges y de Alonso, y más tarde muy amigo de los Lida en Estados Unidos—, Berta Elena Vidal de Battini, María Elena Suárez Bengoechea y Daniel Devoto⁴⁹.

Al igual que Alonso, los hermanos Lida y Ángel Rosenblat terminaron alejándose de la Argentina. Concluían así los años dorados de la filología argentina. La sangría que provocó el peronismo en el Instituto de Alonso redundó en que muchos de sus discípulos alcanzaran reconocimiento y cosecharan sus laureles fuera de la Argentina. No faltaron las becas Rockefeller o Guggenheim para muchos de los discípulos argentinos de Amado Alonso que lograron triunfar en el exterior, pero en su propia tierra no lograrían convertirse en profetas.

⁴⁹ La documentación pertinente está transcrita en *Juan María Lecea Yabar*, “Amado Alonso en Madrid y Buenos Aires”, *Cauce*, N° 22-23, 1999-2000, pp. 403-420.